

# EL CANDIDATO DE CARTER

EDUARDO HARO TECGLÉN

La política exterior de España ha sido en los largos años pasados tan esquemática y simple como la política interior. Esto es, una falta de política. En un principio, era un apéndice del Berlín de Hitler, con los matices necesarios para servirle de algo. Esa situación condicionó la inmediatamente posterior a la derrota nazi. España se apoyó en dos pivotes pobres para remedar una política internacional: en los países árabes y en las naciones hispanoamericanas. Con aquéllos había tenido una relación que también atravesaba por Berlín e interesaba a Berlín: los árabes estaban bajo el Imperio colonial británico y francés y, en su enfrentamiento nacionalista con sus colonos, sus elementos en lucha habían preferido ser germanófilos. En Latinoamérica, aparte de un fermento nacionalista contra los Estados Unidos que también entraba en el componente, había y hay tiranuelos aficionados a la dictadura. Estos dos bloques de naciones iban a suponer un número importante de votos en las Naciones Unidas, y la "amistad tradicional" era fácil de recubrir por un pasado "común", que en realidad era un amasijo de matanzas y guerras: los ocho siglos de reconquista, las "guerras de África" hasta entrado este siglo, la conquista de América y su leyenda negra... Pero todo ello se prestaba a la retórica, y la retórica era la política del régimen.

Con todo ello se jugaba a la política exterior. Pero la baza grande era otra. Era el drama y la tensión entre los Estados Unidos y la URSS. España, nación considerada como fascista y como superviviente de la derrota del fascismo, era una nación utilizable. Mientras las demás de Europa estaban más o menos impregnadas de comunismo, como efecto de la lucha contra el nazismo, España estaba exenta. Lo había "eliminado" —ahora se ve que no— en los tres años de guerra y en los infinitos de posguerra. Los Estados Unidos comenzaban a construir un sistema de defensas políticas y militares en toda Europa para contener a la URSS y enfrentarse con ella en caso de un conflicto armado que parecía muy posible. En Grecia, en Turquía, en Persia, en



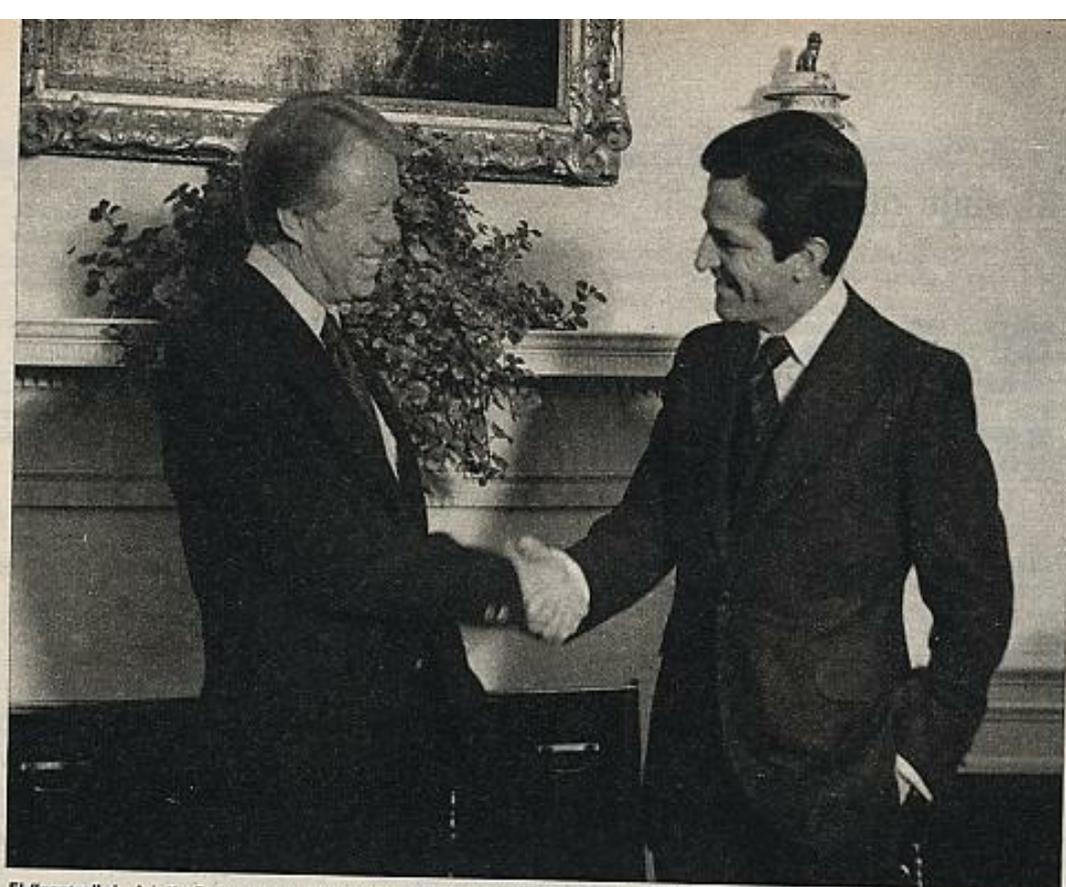
forma de guerras civiles para eliminar la impregnación comunista. En Europa, en la Europa más difícil de llevar a estos extremos, mediante el fortalecimiento de partidos y Gobiernos-dique: las democracias cristianas de Francia, Alemania Federal e Italia, sus partidos socialistas y socialdemócratas, tan fuertemente coloreados de anticomunismo. Fue una operación cara —todo el Plan Marshall, y las inversiones privadas—, pero rentable a la larga. Rentable no sólo militar y políticamente, sino también económicamente. En España, el anticomunismo se vendía barato. Era un producto nacional —un producto del régimen— que no necesitaba estímulos exteriores. Sólo necesitaba ser tolerado. El régimen lo producía por su propia cuenta y por su conveniencia: sólo requería que se lo aceptasen o que se lo legalizasen. Si a cambio de este servicio se permitía también la antidemocracia, el antiliberalismo, y se obtenían unos cuantos dólares además, era suficien-

te. La antidemocracia no preocupaba demasiado a los Estados Unidos de la época: la fabricaban ellos mismos para la exportación. Como los griegos de Pericles o como los ingleses de Disraeli. En suma, como cualquier imperio: la democracia era un privilegio para quienes tenían derecho de ciudadanía, para la metrópoli. No había razón ninguna para concedérsela a los demás. La posguerra de Truman y de Eisenhower funcionó a base de la instalación de tiranías y de "hombres fuertes" en aquellos países cuyas condiciones interiores lo permitían. En España, la situación estaba dada por sí misma. Sólo había que sostenerla. Las inversiones privadas, por su parte, encontraban una situación de privilegio: un país sin huelgas, con salarios bajos, sin sindicatos. Y un paraíso fiscal. Y una serie de prohombres nacionales dispuestos a ocupar puestos directivos obteniendo a cambio ventajas oficiales interesantes. Así se produjo, más o menos, el "milagro

español". Así se estabilizó un régimen que muchos creían condenado con el final de la guerra y así nos vino la llamada prosperidad.

El estilo de los Estados Unidos en su gran operación internacional comenzó a cambiar después. Comenzó a cambiar con Kennedy, que disolvió el sistema de regímenes fuertes como aliados: aunque haya tenido algunos saltos atrás, sobre todo en Latinoamérica, ha sido la tónica general que ahora se trata de consagrar con Carter. Sobre todo en Europa las viejas autocracias han dejado de interesar. El enfrentamiento con la URSS va por otros cauces, el peligro de conflicto armado ha desaparecido casi, y a la gran política de los Estados Unidos le interesan otro estilo de regímenes. Por una parte, la modalidad de capitalismo que llamamos sociedad de consumo requiere una sensación de libertad por parte del individuo, un sistema de trabajo más fluido, una circulación del dinero más generosa. La mecanización, la electrónica, requieren menos masas de trabajadores disciplinados que de ciudadanos dispuestos a hacer marchar los mercados. Por otra parte, sin la tensión de guerra exterior hace menos sostenible las situaciones de dictadura interior. Sin un riesgo visible, el individuo requiere mayor libertad. Los regímenes duros necesitan de un enemigo externo visible. Cuando no lo hay, no se inventa fácilmente. En este nuevo estilo de la gran política exterior de Estados Unidos, ciertos regímenes europeos suponían un anacronismo: Grecia, Portugal y España. Han ido siendo sustituidos. Los Estados Unidos ven ahora con gran satisfacción el regreso de España a la democracia. No es una satisfacción mayor que la que sentían cuando veían a España convertida en una autocracia que trabaja en su propio sentido.

El principio de reconversión de España hacia la democracia ha producido lo que se llama "ofensiva diplomática" en un lenguaje propio de la situación agresiva-defensiva del régimen anterior, puesto que si la diplomacia es algo, es, sobre todo, no ofensiva. El estilo anterior del régimen era útil,



El "centro" de Adolfo Suárez ha recibido el espaldarazo de Washington y de Wall Street. En la foto, el presidente del Gobierno español junto a Jimmy Carter.

pero difícilmente presentable. El Jefe del Estado no viajaba jamás —sólo lo hizo con tranquilidad para entrevistarse con los grandes jefes fascistas— y sus ministros de Asuntos Exteriores eran más bien sedentarios. Todo ha cambiado. El actual Jefe de Estado es de muy buena familia: los grandes republicanos del mundo siempre han gustado de sentar un Rey a su mesa. Es, además, por sus condiciones personales, de resultado en las conversaciones internacionales. El presidente del Gobierno es muy presentable, y el ministro de Asuntos Exteriores tiene una gran escuela diplomática. España y la experiencia española se han puesto de moda. Entran de lleno en la gran familia. Si el régimen anterior fue de gran utilidad para los Estados Unidos, el régimen futuro puede serlo también. Cuando don Adolfo Suárez se lo explica a los banqueros y financieros de Estados Unidos, éstos le comprenden muy bien. Son los mismos que estuvieron interesados en invertir en un país-fortaleza; lo están ahora en hacerlo en un país abierto. Ahora, las huelgas pueden ser rentables y el eurocomunismo nacional puede resultar amable. Los Estados Unidos apoyan la democratización y, dentro de ellos, la opción que representa personalmente don Adolfo Suárez. Un regreso al franquismo como el de Alianza Popular ya no es de recibo —aunque tenga tentáculos en el Senado y en algunos grupos de intereses de Estados Unidos: es un país bipolarizado, con bastante fuerza todavía por parte de los "duros"— y un predominio de la izquierda con sus manías sociales y su modificación de la fiscalidad

no sería deseable. El "centro" de Adolfo Suárez es muy estimable y muy interesante para ellos. Sus demostraciones en la vía de la democratización le hacen digno de apoyo público. El señor Suárez se ha apresurado en Nueva York, ante las Naciones Unidas, a ratificar las declaraciones de Derechos del Hombre, que son el "hobby" y la filosofía del Presidente Carter: la gran moda. Que se cumplan o no, es otra cuestión. "Manners before morals", declaman los primos ingleses del Imperio americano: los modales están por encima de la moral profunda. Que no se lleve a su límite la amnistía, que se prohíban las demostraciones sindicales del primero de mayo, que no se legalicen todos los partidos políticos o que las manifestaciones públicas se prohíban con exceso de energía por parte del Gobierno son temas que, en efecto, entran visiblemente en el terreno de los Derechos del Hombre. Pero lo importante es que se ratifique la Declaración. El señor Suárez, después, ha entablado conversaciones directas y claras con los hombres de negocios, "speaking frankly", al estilo americano. Y se ha entendido bien con Carter. Puede que se traiga fácilmente los mil millones de dólares inmediatos que buscaba para restañar viejas y nuevas heridas económicas. Y se trae, sobre todo, el espaldarazo de los Estados Unidos para las elecciones y para la prolongación del régimen actual.

El viaje ha sido un éxito. Lo era desde antes de comenzar. Simplemente que se anunciase, con su fecha precisa, significaba ya un triunfo para la línea Suárez. El hecho de que su candidatura

electoral haya sido anunciada prácticamente desde Estados Unidos no depende directamente de su visita, pero es un símbolo. El señor Suárez es candidato probable de una mayoría de españoles: lo es también del poder actual en los Estados Unidos. El hecho de que el apoyo de los Estados Unidos coincida con el deseo de una mayoría de españoles es probablemente la primera vez que sucede en los últimos cuarenta años. Puede que el equilibrio no dure mucho tiempo —según los resultados—, pero por el momento es fácil de constatar.

No es, sin embargo, una operación más cara que la anterior. Si el anticomunismo se vendió bastante barato —y de ellos la diferen-



cia en beneficios económicos entre España y otras naciones europeas más caras—, la democracia española tampoco es cara. El señor Suárez ha explicado que "nuestro marco legal de acogida de capital extranjero es atractivo, y su aplicación, liberal", y ha recordado cómo muchas empresas de Estados Unidos han duplicado aquí su capital en el plazo de tres años. Pocos países ofrecen tanto. La cuestión es saber quién lo paga. No es ninguna novedad para nadie que esas inversiones las han pagado directamente los trabajadores españoles mediante la disciplina de trabajo anterior. La nueva liberalidad para los despidos y la insólita permisividad para el "lock out" de las empresas pueden estar ahora entre los estímulos que reciban los inversionistas extranjeros.

Como puede estarlo, también, un nuevo plan de austeridad. Entre los acuerdos o las conversaciones no reflejadas en la información, puede haber algunas serias obligaciones para cortar la inflación, que eviten el despilfero anterior por el cual se han disuelto en el aire —y muchas veces en la corrupción— las ganancias producidas en el "milagro español". Otra vez habría que preguntarse quién pagará en España esa austeridad; quiénes van a ser los austeros a la fuerza. En Francia, según las normas del "Plan Barre" —cuyas líneas directrices podrían ser ya aplicadas a España— se ve claramente que el pago lo hace el trabajador. El cual protesta, se opone, se organiza en contra y puede llegar a hacer desaparecer el plan y el propio Barre como jefe del Gobierno. En España la ratificación de los Derechos del Hombre no da todavía esa fuerza a la masa trabajadora ni a sus centrales sindicales semilegalizadas, ni la situación electoral es la de Francia.

Contra lo que el señor Suárez parece creer, según los términos de una conversación abierta en Estados Unidos, los peores momentos de su gobierno no han pasado todavía, aunque los sobresaltos hayan sido muy fuertes. Eran sobresaltos extralegales, producidos por tabletas más que por reflexiones. Los peores momentos van a venir después de las elecciones, cuando se trate de no decepcionar de la democracia a un pueblo que ve en ella una vía para salir de sus apuros. Es decir, cuando se produzca la antes comentada disparidad en lo que ahora es coincidencia entre los intereses de Estados Unidos y lo que parece ser la mayoría del censo electoral español. Cuando se trate de administrar riquezas y pobreza de una manera diferente y sin el apoyo de la censura y del empleo de la fuerza. Porque no es de suponer que la restauración de la economía nacional se haga con la espectacularidad del primer "milagro". ■